

RESERVOIR BOOKS

Corine Pelluchon

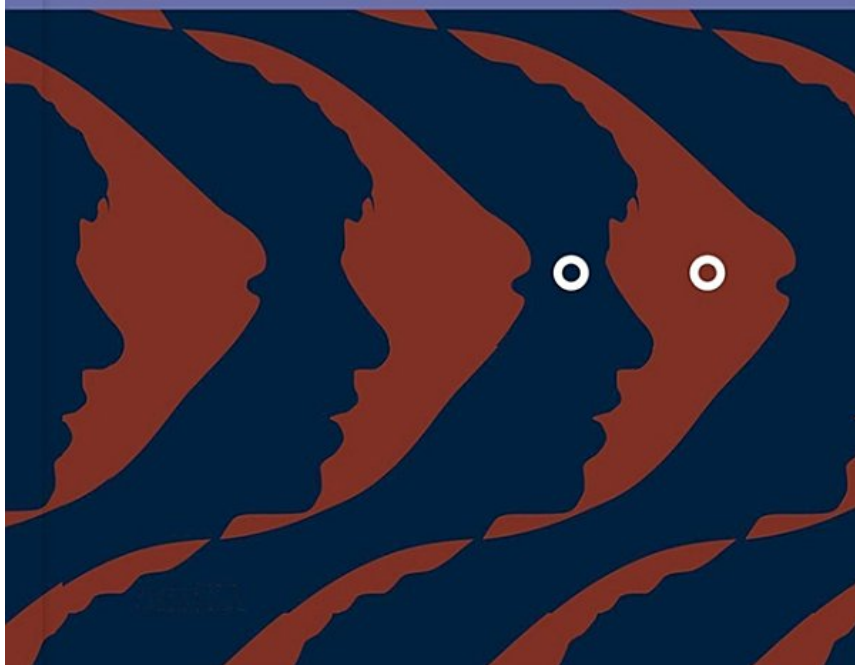
Manifiesto animalista



RESERVOIR BOOKS

Corine Pelluchon

Manifiesto animalista



RESERVOIR BOOKS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

La ocasión se presenta con un cúmulo de dificultades y debemos elevarnos a la altura de la ocasión. Como nuestro caso es nuevo, tenemos que pensar de nuevo y actuar de nuevo [...]. Conciudadanos, no podemos escapar de la historia. [...] La línea a seguir es clara, pacífica, generosa, justa.

ABRAHAM LINCOLN,
mensaje anual al Congreso
1 de diciembre de 1862,
sobre la esclavitud

Los términos en cursiva y seguidos de asterisco se definen en un glosario al final del libro

Primera parte

La causa animal hoy

1

Lo que está en juego en el maltrato animal

Nuestra relación con los animales es un espejo que nos muestra en qué nos hemos convertido con el paso de los tiempos. En el espejo no solo aparecen los horrores cometidos por nuestra especie al explotar a otros seres sensibles, sino el rostro macilento de una humanidad que está perdiendo su alma.

Las jaulas donde se encierra a miles de conejos, gallinas, patos, cerdos, zorros y visones, ratones y monos, perros y gatos para producir carne, ser despiezados o servir de material de experimentación, los delfinarios y circos donde a los cetáceos, los elefantes y las fieras, abatidos por la privación de libertad, se los obliga a exhibirse a cambio de un poco de comida o por miedo al látigo, son el vivo retrato de nuestra vergüenza común. Ninguna descripción puede plasmar su tristeza infinita. Las carreteras donde todos los años, en Francia, cerca de cien mil animales de compañía son abandonados, los refugios superpoblados, las lejanas selvas, pulmón de la Tierra y hogar de los orangutanes, incendiadas para producir aceite de palma, los mares donde agonizan los peces, las plazas donde se tortura a los toros, los mataderos donde casi todos los animales acaban su vida aterrorizados –hasta los recién nacidos, las crías de las vacas, las ovejas y las cabras–, todos ellos son lugares donde reina la desdicha y la injusticia.

En estas prácticas, organizadas a pesar del buen sentido que debería dictar límites a nuestro uso de los seres vivos, impera la ley del máximo beneficio. A él se someten los hu-

manos, los animales, la calidad del trabajo y el medio ambiente. Las normas de una economía de mercado globalizada que exige la reducción constante de los costes de producción se han impuesto en todas partes.

La violencia que sufren hoy los animales en el comercio de las pieles y del cuero, la piscicultura, la industria de la carne, el entretenimiento, la cosmética y la farmacia ilustra las aberraciones de un sistema que, a grandes rasgos, podemos llamar capitalismo. Pero si usamos este nombre no podemos limitarnos a una ideología que enfrenta a la patronal y los asalariados, pues este planteamiento pasa por alto la dimensión universal de la causa animal, que va más allá de las divisiones políticas y tiene un carácter estratégico. En efecto: otros combates contra la explotación, como la lucha contra la esclavitud y el sometimiento de las mujeres, están presentes en la lucha a favor de los animales. Además, el maltrato que estos sufren pone en evidencia muchos de los trastornos de nuestra sociedad.

Es importante saber qué es lo que está en juego en nuestra relación con los animales para entender por qué hemos llegado a tales extremos y llevar a término la transición hacia otro modelo de desarrollo, que será la oportunidad para nuestra regeneración social, política y espiritual. También es preciso articular todos los factores antropológicos, económicos y políticos que explican la resistencia de este sistema basado en la explotación sin límites de los otros seres vivos y en la dominación de los humanos que contribuyen a mantener sus consecuencias, a pesar de que ellos también las pagan.

Cuando despreciamos a los animales, cuando los tratamos como objetos al aceptar con indiferencia que la suya sea una

vida de sufrimiento, no solo nos comportamos con un despotismo que ninguna religión podría justificar sin caer en la contradicción de confundir la administración humana de lo creado con el derecho a dominarlo sin rendir cuentas. También, al acallar la voz de la piedad, nos cercenamos una parte de nosotros mismos. Una piedad que es repugnancia innata ante el sufrimiento de cualquier ser sensible.

La piedad se basa en una identificación inmediata anterior a la reflexión y a la distinción entre el otro y yo. Significa que veo al otro como un ser vivo y no en función de su pertenencia a una especie, a un género o a una comunidad determinada. La piedad no es la moral ni la justicia, sino su condición. La moral supone que asumo mi responsabilidad, implica elección y decisión. Por su parte, la justicia, que se refiere a unos principios, se aplica a todos los seres, incluidos aquellos a los que no conozco pero que no por ello dejan de ser mis conciudadanos y de compartir el mismo espacio político que yo. Como obedece a la razón y no a los sentimientos, la justicia necesita basarse en unas leyes que le confieran un carácter imperativo. Pero ¿qué son la moral y la justicia sin piedad?

¿Qué significa la moral cuando se reserva la benevolencia a ciertos seres? ¿Se puede hablar de justicia cuando reina el maltrato institucionalizado a los animales, justificando así un sistema basado en su explotación? Invocar el amor al prójimo, que en la parábola del Buen Samaritano no es mi semejante sino cualquier individuo que se cruce en mi camino, y hacer oídos sordos al clamor inmenso de los otros seres vivos que sufren los peores tormentos, es consagrar una moral chauvinista.

Si permanecemos impávidos ante los sufrimientos de los animales, que comparten con nosotros el hecho de ser seres sensibles, nos deshumanizamos. La sensibilidad, definida inicialmente como la capacidad de sufrir, de sentir de manera singular el dolor, la pena, el miedo y el hastío, así como el placer y la alegría, y llamada *sentiencia** a partir de J. Bentham, subraya también la vulnerabilidad del ser vivo, la pasividad y la impotencia frente a un poder cuyas manifestaciones son el hambre, la fatiga y la mortalidad. Por último, remite a la *agentividad** de los animales. Como estos tienen la capacidad de expresar sus necesidades básicas y las preferencias que han conformado su historia individual, no son meros objetos de nuestra protección, sino sujetos morales, y debería tenerse en cuenta lo que ellos tienen que comunicar.

Correr un velo púdico sobre el sufrimiento animal, pese a que es tan evidente, o acordarnos de él de vez en cuando porque un vídeo revela lo que pasa en edificios por lo general cerrados al público y al día siguiente seguir viviendo como si no ocurriese nada espantoso o como si fuese imposible acabar con esa matanza diaria, es aceptar que el mal nos ha contaminado. Para perpetrarse necesita cómplices que participen, directa o indirectamente, como agentes económicos o como consumidores, en un sistema caracterizado por la explotación sin límites de los animales. También se nutre de la pasividad social. Porque la mayoría de los ciudadanos no son enemigos de los animales, pero sí individuos capaces de poner anteojeras a su vida moral y psíquica.

Al excluir de la esfera de su consideración moral a otros seres, pese a estar reconocidos como *sintientes*,* aprenden a reprimir su sensibilidad y tratan con dureza a todos aquellos que, ya sea por raza, género, religión, nacionalidad o espe-

cie, no reconocen como semejantes. Olvidándose del niño o la niña que fueron y que no habrían soportado comer la carne de un pollo después de haberlo visto colgado por las patas para desanjarlo, ni beber la leche de una madre a la que le habían arrebatado sus crías nada más nacer, estos seres se hacen adultos y dedican su sudor, su sangre y su voto a sostener un sistema que, en contra de lo que les dicta la biblia economista, solo sirve de provecho a una minoría de personas.

2

Estamos en guerra contra nosotros mismos

Nuestras relaciones con los animales ponen a prueba nuestra capacidad de sentirnos unidos a los demás seres vivos en una unidad de destino. También indican las dificultades que tenemos para aceptar la alteridad. Es una guerra contra los animales, pero también es una guerra contra nosotros mismos y entre nosotros. Por eso la cuestión animal es crucial y seguirá siéndolo: es importante en sí misma y porque los animales sufren, pero también porque la violencia que ejercemos sobre ellos revela el desprecio que sentimos hacia unos seres que consideramos inferiores a nosotros, o que sencillamente son distintos de nosotros.

El sometimiento sin precedentes de la vida animal pone a prueba la compasión. Para aceptar estas violencias ordinarias que, en realidad, son extraordinarias, tenemos que reprimir la piedad, que nace de la percepción de nuestra vulnerabilidad, algo que compartimos con los demás seres mortales, que son de carne y hueso. Como dice Jacques Derrida en *El animal que luego estoy si(gui)endo*, todos estamos metidos en «una guerra de la piedad», lo reconozcamos o no, tanto si decidimos organizar nuestra vida en torno a esta lucha, que es una lucha por el respeto al ser vivo, como si consideramos que el sufrimiento animal no es de nuestra incumbencia.

Esta guerra debe interpelarnos sobre el lugar de la piedad en la justicia y sobre la relación entre todas las violencias que estallan desde principios del siglo XXI. Se trata de violencias extremas cometidas sobre seres sin rostro, porque se los nie-

ga o porque no se los ve. Si son posibles es porque el endurecimiento de nuestro corazón transforma nuestras relaciones en relaciones de dominación. Somos permeables al mal, al que está institucionalizado en el Occidente industrializado y al que lucha contra Occidente, como el terrorismo. Cada cual se parapeta en sí mismo; la identidad es cerrazón, la libertad, obsesión de control. La apertura al otro, la responsabilidad como respuesta al otro y como aceptación de la alteridad, pero también de la alteración, la finitud y la pasividad, resultan imposibles. En estas circunstancias, los animales son las víctimas predestinadas de nuestra brutalidad.

Las violencias que padecen, que nuestros Estados legalizan y la publicidad y la cultura casi siempre legitiman, son el reflejo de una civilización violenta. Con la generalización de la *ganadería intensiva** y la industrialización de la agricultura después de la Segunda Guerra Mundial, seguida en los años noventa de la desaparición de todas las utopías políticas para dar paso al economicismo como único horizonte, esta civilización ya ni siquiera es capaz de encontrar en sus tradiciones unas referencias que le permitan poner coto al derecho individual de aprovecharse y abusar de todo lo que es bueno para su conservación y expansión. La raíz del afán de dominio y la avidez está en el vacío interior de unos seres que han perdido los ideales y la capacidad de sentirse unidos a los demás, sean o no humanos. Por eso no es de extrañar que los animales, utilizados por la humanidad desde hace milenios, se puedan poseer, matar de cualquier manera y someter a los peores sufrimientos.

Nuestra relación con los animales es, por tanto, el reflejo de la relación que tenemos con nosotros mismos, y su maltrato a menudo es una señal precursora de la violencia contra

los humanos, en especial contra los más débiles, como los niños, las mujeres, las personas discapacitadas, los prisioneros y, en otras épocas, los esclavos. Para entender lo que les hacemos hoy a los animales no basta con denunciar el mal ni con curar sus síntomas, es preciso ir a la raíz. Una raíz que va más allá de la cuestión animal y engloba nuestra relación con los otros humanos y las otras naciones. Conciérne al modo en que concebimos nuestra condición y aceptamos nuestra finitud y vulnerabilidad.

Para promover una sociedad que nos reconcilie con nosotros mismos y sea más justa con los animales hay que articular una teoría política y una antropología que arrojen nueva luz sobre la condición humana, el sentido de la libertad y la importancia de nuestra responsabilidad frente a los demás seres vivos. Para que tengan un valor universal y puedan aplicarse a distintas culturas, tienen que estar basadas en datos irrefutables. Datos que se refieren a la corporeidad, a la necesidad que tenemos de alimentos, agua, aire y espacio, a la vulnerabilidad, como el cansancio, el dolor y la mortalidad. Entender los factores que intervienen en el maltrato animal es medir el mal que somos capaces de hacer y a la vez aventurarnos por un camino que abre perspectivas prometedoras en el plano teórico y práctico, individual y colectivo.

Estamos en guerra contra nosotros mismos, pero cualquier fruto del pensamiento y la imaginación, cualquier acción que facilite la transición a otro modelo de sociedad, serán una victoria contra el mal que anida en nuestro corazón y nos convierte en verdugos y víctimas: la dominación, la explotación del ser humano por el ser humano, de los seres vivos y la naturaleza por nuestra especie y de unas naciones por otras.

Este objetivo parte de una preocupación: la causa animal. A algunos puede parecerles marginal, pero en realidad ocupa un lugar central y afecta a todos los ámbitos y todas las dimensiones de nuestra existencia. Es un objetivo tan grande que resulta casi natural dedicarle toda una vida. Todos podemos hacer algo. No obstante, la primera etapa, la que mueve a cambiar de vida, está marcada por una experiencia dolorosa, una revelación que llena de estupor. No hay despertar sin esta herida.